
La alumna que no fue

Jaime Navarro Saras

Pedagogo. Editor de la Revista Educ@rnos.
jaimenavs@hotmail.com

Los estudiantes no siempre se encuentran en las aulas, también los hay en la calle, con los amigos, en las reuniones y, por supuesto, en la familia. Se es alumno cuando se aprende de un maestro o de alguien que tenga más conocimientos, experiencias y habilidades para hacer cosas, en este sentido, se aprende en todas partes y de todas las personas.

Este texto está pensado en mi abuela paterna, se llamaba Ignacia García Medina, pero de cariño le decíamos *Nacha*, la *abuela Nacha*...

Nació a principios del siglo XX, allá por 1907, poco antes de que iniciara la revuelta revolucionaria y la cual sólo llegó de oídas a la comunidad de La Villita en el municipio de Ameca, Jalisco. Desde muy niña aprendió lo que era la sobrevivencia acompañada de resiliencia, quedó huérfana de madre cuando empezaba a dar sus primeros pasos y de padre antes de cumplir los 10 años, su hermana mayor fue la madre sustituta y en cuanto pudo se independizó, así eran los primeros años del siglo XX, el de las grandes transformaciones.

En esa comunidad había pocas posibilidades de desarrollo económico, educativo y cultural, estaban en su apogeo las haciendas depredadoras y carentes de desarrollo social, lo hacían bajo la sombra y el poder de un porfiriato que iba de salida.

Por supuesto que no hubo escuela, maestro o algún adulto que se interesara por enseñarle a leer, escribir y hacer cuentas a la niña Ignacia, su analfabetismo imperó en sus casi 80 años de vida.

Sin esas habilidades básicas se desarrolló en esa comunidad de apenas 500 habitantes, lo suyo fue el comercio una vez que pudo valerse por sí misma, vivió en un contexto de grandes cambios, se terminaba la era de Porfirio Díaz y llegaban los gobiernos revolucionarios,

y, por supuesto, las políticas educativas emergentes de la naciente Secretaría de Educación Pública (SEP) (fundada el 3 de octubre de 1921) y, con ello, el movimiento educativo de José Vasconcelos, por supuesto que esas prácticas e ideología no alcanzaron a arroparle a Ignacia, ya que con 14 años sus pensamientos estaban en otro lado: sobrevivir.

En esos tiempos la maternidad era una salida para unir fuerzas y salir adelante, su primera experiencia como madre llegó cuando apenas contaba con 17 años, 4 años después llegó otra hija y su último hijo (mi padre) cuando apenas contaba con 22 años, en todo ese trajín tuvo que dejar la comunidad de La Villita y trasladarse a la ranchería de Arroyo Hondo, que hoy en día, se puede llegar en coche en unos 10 o 15 minutos, en esos tiempos se tardaban dos horas a caballo y caminando de tres a cuatro horas, cerca y lejos, allí se quedó para criar a mi padre y darle la posibilidad de ir a la escuela, sólo hasta primer año de primaria y de noche, lo cual le permitió aprender las primeras letras y a contar.

Así fueron sus años de juventud, viviendo en una comunidad rural y dedicándose al comercio y a la búsqueda de una mejor vida, primero en Ameca y luego en Guadalajara, era la década de los 60, mis primeras imágenes de ella era la de una mujer de la tercera edad, pelo cano, algo encorvada y siempre luchando por la vida. En 1965 se hizo de un local comercial en el mercado municipal “Adrián Puga” de la Colonia del Fresno, era un lugar lleno de fruta y se convirtió en mi espacio favorito una vez que salía de un colegio al que acudía y que estaba a la vuelta del mercado, unos 100 metros de distancia, allí estuve inscrito para cursar parvulitos y párvulo grande, en ese lugar ella fue testigo de cómo aprendí a leer y escribir a través del libro “Mis primeras letras”, con el método fonético-onomatopéyico del maestro colimense Gregorio Torres Quintero.

Le leía lo que podía, un periódico, un cuento y las historias de los libros que tenía a la mano, o si íbamos por la calle me preguntaba lo que decía con cuanto anuncio se nos pusiera enfrente, como cuando andábamos consiguiendo casa para vivir y caminábamos por las tardes en la colonia y, finalmente, encontramos una y cuyo anuncio a la entrada decía: SE PASA, cuando le leí ella entendió que era para pa-

sarse hacia dentro de la casa, pero yo le dije que era porque se vendía y, así fue, el encargado le dio las condiciones de compra y a la semana ya estábamos viviendo en una casa nueva, la cual no era para rentar sino para comprarla a plazos.

Para mi abuela era maravilloso que sus nietos fueran a la escuela y que aprendieran lo que ella no pudo hacer por los avatares de la vida que le tocó vivir, más de una vez, siendo niño, y durante toda mi educación primaria le insistí para que aprendiera a leer y nunca se interesó ya que yo le leía y porque lo poco que sabía le alcanzaba para sortear sus dificultades cotidianas, no tenía ningún problema para tomar camión a cualquier punto de la ciudad o cuando iba a Ameca o a La Villita a visitar a sus otros hijos, demás nietos y los primeros bisnietos, así como tampoco cuando tenía que hacer cuentas en sus acuerdos comerciales, solía vender loza y demás cosas que no se conseguían tan fácil en el rancho, el gusto por el comercio fue heredado por una de sus hijas: Isabel, a quien de cariño le decíamos la Tía Chavela.

Al paso de los años y cuando yo tenía 5 años en el servicio educativo en educación preescolar y unos meses de haber obtenido una plaza en educación secundaria como docente de Español ella fallece, el 13 de septiembre de 1987, en todos los años posteriores en el magisterio (5 de preescolar, 27 de secundaria, 10 años en educación Normal y 15 en el posgrado), tuve miles de estudiantes y, como todo, de algunos me acuerdo por su talento, por su gracia, por las dificultades para asistir a las escuelas, también de aquellos que se truncaron en el camino, de algunos recuerdo sus rostros y de muy pocos sus nombres, y no sé qué tanto logré impactar positiva o negativamente en sus vidas con lo poco o mucho que hice por ellos en las aulas, lo cierto es que mi mayor deuda y fracaso como docente es no haber logrado que Nacha hubiese aprendido a leer y escribir y eso me lo llevaré a la tumba, lo cierto es que me habría dado la mayor de las alegrías y satisfacciones haberlo hecho, pero también es cierto que a pesar de no haberlo logrado, me queda en la memoria su mirada de asombro cuando le leía en ese puesto de frutas los cuentos de *El Payo*, *Lágrimas y Risas*, *Memín Pinguín*, *El Santo*, *Kalimán* y algunas notas del periódico, principalmente las de *El Sol de Guadalajara*.

Los estudiantes son una parte muy importante en nuestras vidas como docentes, sin ellos no existimos, son los referentes para darnos cuenta si hacemos bien o mal las cosas, con el paso de los años y cuando ya son adultos, como profesionistas, padres de familia o lo que la vida los haya llevado, si los vemos que están bien nos llena de orgullo, pero si los vemos mal nos llega un dejo de nostalgia y culpa de no haber hecho lo suficiente para haber evitado esas condiciones sociales y de vida, para entonces ya es demasiado tarde para remediar las cosas, entonces no nos queda de otra que darle vuelta a la página y tomar la lección para hacerlo mejor con los estudiantes que tengamos que atender mañana, como el caso de mi abuela quien no logró aprender a leer, pero fue muy feliz porque sus nietos hayan ido a la escuela para poder hacerlo...